

Perfecta mañana de sábado

Nueva mañana de sol. El hervor del agua sacude la tapa de la pava y un rayo de sol que se cuela por la persiana entreabierta atraviesa las intermitentes nubes blancas que aparecen desde el pico como un genio sin terminar. Hay un benteveo que trina alocado en el alfeizar de la ventana que mira al este. Más allá, las hojas amarillas de los álamos se mueven en remolinos impredecibles. El rocío ha pintado las veredas y desde los techos, las casas lloran el resto húmedo de la noche. De vez en cuando algún motor se anuncia, se acerca, se aleja y desaparece, mecánica metáfora del tiempo. Fuera de eso no hay ruidos humanos. Solo la naturaleza de este invierno recién nacido se interrumpe a si misma. Los seis o siete ladridos de un perro lejano, hojas secas rascando el asfalto o el súbito despegue de un pájaro desde el suelo hasta una rama suenan en la mañana perfecta del sábado. El fuego del mechero calienta el metal sin brillo y provoca que un borbotón levante la tapa y caiga por uno de los lados hacia la cocina, apagando momentáneamente una parte de las llamas. Sin embargo, el gas sigue brotando y vuelve a completar la ronda unos momentos después. Las pequeñas flamas vuelven, primero amarillas, dubitativas y luego azules, seguras, firmes y ascendentes. El agua hierve. Ahora hay un chorro permanente de vapor que choca contra los azulejos azules, se condensa y se arrastra como un monstruo líquido en busca del suelo. Una nueva ola de agua es expulsada desde el interior por la presión del hervor, la tapa se desplaza y queda fuera de lugar y la fuerza de este pequeño tsunami vence a varios de los soldados de fuego que el mechero agrupa en su hoguera circular. El gas sopla por los agujeros apagados, algunas llamas parecen querer volver, se separan del metal y pasan del amarillo blanco a una existencia transparente, sugerida e improbable. Hay o no hay llama ahí. No puede saberse y no se sabrá pues una nueva ola de agua hirviendo hace caer la tapa y apaga el resto del mechero. Ya no hay fuego. Los

números rojos del radio reloj marcan las nueve y la voz del locutor irrumpe en el silencio de la cocina.

“Las nueve de la mañana. Siete grados a esta hora y una sensación térmica de dos grados. Parece que vamos a tener un fin de semana agradable aunque hay perspectivas regulares para el domingo a la noche. Vamos a ir a las noticias y después hay una sorpresa.”

El aire ya es irrespirable en la cocina y el gas comienza a desplazarse, inapelable hacia el resto de la casa. Poco a poco empiezan a escucharse otros ruidos. Alguien que saluda, una bocina y la pesada marcha de un camión que resuena en todos lados. El sábado empieza a andar. El gas llega al baño. El ventiluz cerrado impide que salgo y ahora se dirige a la pieza. El gato duerme a mis pies y cuando siente, o tal vez presente, la presencia del asesino invisible abre los ojos y se baja de la cama.

Me desperté antes que suene la alarma y eso me pareció una actitud responsable. El lunes tengo que entregar un trabajo y necesito los dos días, sábado y domingo, para terminarlo. Sin embargo, la noche del viernes terminé tirado en el bar. No es que hubiera tomado demasiado, deben haber sido las ganas de emborracharme. Un porrón de cerveza helada y una medida de güisqui, el borde del vaso pintado con sal fina y plato de maníes pelados y salados. Después una ginebra, chiquita, y para terminar un trago especialidad de la casa: vodka, jugo de mandarina exprimida con la pulpa y azúcar impalpable. Eran las seis cuando me tiré en la cama y las ocho y veinte cuando me desperté. No podía creerlo. Supuse que el alcohol me había sobreexcitado y por eso no podía seguir durmiendo. El despertador estaba programado a las nueve. Me levanté, fui al baño, vomité, me lavé los dientes y

después fui a la cocina. Puse el agua para el mate y volví a la pieza a vestirme. El gato dormía plácido y me tiré en la cama con él.

Ahora se despereza encorvando la espalda exageradamente y camina lento hasta la puerta entreabierta que da al patio. Sale, gira sobre si, se para en sus patas traseras y apoyándose en la puerta la cierra. Después se va.